

SIETE FOTOS

No sé quién tomó esta fotografía, desde luego la única en que aparezco en una plaza de toros, pero recuerdo muy bien que es el año en que volvimos a España, o, mejor dicho, que estuvimos de vacaciones. Luis y yo estamos de pie al final de una faena, la quinta o sexta si nos fijamos en el sol poniente que rodea el reloj. Estamos a contraluz. Yo miro hacia cámara y parezco agotada por el sol, y quizá un poco harta de tanto toro y tanto humo y tanto abanico. Mi pelo corto desentona entre las melenas flameantes, lo mismo puedo decir de mis joyas, aquí dos pequeños pendientes, pocas en comparación con la muestra del orgullo femenino nacional. Resulta evidente la melancolía de mi mirada, a aunque esbozo una sonrisa, y mi boca pintada desde que conocí a Luis no desdice el ensimismamiento de mis ojos azules – que el blanco y negro torna grises, de un gris plateado – prestos a ver lo lejano antes que lo cercano, a volver a la infancia sin nostalgia sino porque así me hicieron, una roca de infancia, mis ojos que besaron muchos hombres, que derramaron ternura para con mis hijos y mis nietos. Pero hay más: las arrugas que surcan los párpados y los contornos de los labios esculpen mi auténtico rostro. A partir de ese momento de mi vida y sólo entonces fui quien debía ser. Afirmar que se lo debo a Luis sería excesivo y no le habría gustado la idea. Pese a ello así lo percibo. Aquí se le ve de perfil, concentrado, la boca entreabierta a punto de renunciar a decir algo impropio o trivial, la barbilla erguida, los pómulos altos, los ojos puestos en el ruedo, con esa mirada suya de gavilán, para saborear aún una suerte. Su mano derecha roza mi cadera mientras estoy dando un paso, sé que me pide unos segundos de espera mientras las gradas se alborotan y quiere tocarme para unirme a su palpito, esa mano suya que marca el compás de mi vida. Siempre me sorprendió que un hombre que había vivido veinticinco años fuera de España, casi desapegado, tan enemistado con esa España del desarrollismo gregaria y cerril, hubiera vuelto todas las primaveras, a partir de aquel año, con tal afán taurino, mejor palabra en su caso que afición, con semejante fascinación por esa liturgia de lo efímero, ese aleteo de lo sagrado, quizá justamente porque él de palabra fácil y aguda, dotado de ingenio, sentía la necesidad del silencio, y tal vez su superioridad. Si no me hubiera visto por primera vez sentada y silenciosa leyendo una guía turística en medio de las ruinas de Micenas, quién sabe si se habría enamorado de mí. Yo me enamoré de su voz y él de mi silencio. Huía de las peñas taurinas y nunca fue, por cierto, un entendido. A la hora de escoger los términos que mejor evocarían la tarde procuraba evitar los comentarios lapidarios; los amigos lo creían taciturno o incluso achacaban su búsqueda a un desconocimiento

del mundo taurino y alguno no dudó en afirmar que haber vivido fuera de España tanto tiempo lo incapacitaba para captar la esencia del toreo. Ni que decir tiene que discutían. Pero yo sé bien que su silencio transmitía una apasionada búsqueda de la palabra, una palabra como él mismo decía – no recuerdo donde había leído la expresión – liberada del lenguaje. A mí, por ejemplo, y no sólo me refiero aquí al toreo, me enseñó a reducir el empleo de los adjetivos y de los adverbios, a suprimir los superlativos así como las expresiones acuñadas, a describir en lugar de analizar, pues estaba convencido de que una atinada descripción expresaba una completa comprensión de un fenómeno, a sustituir las comparaciones por descripciones encabezadas por verbos de acción, tan frecuentes en la lengua inglesa que tanto amaba, hasta tal punto que un día les dijo a unos amigos, éstos sí aficionados de estirpe rancia, que el inglés se prestaba mejor aún que el español a la crónica taurina porque sus verbos de acción compuestos resaltaban con suma precisión, con una rapidez certera de la que carece el español, los matices de un movimiento. Dichos aficionados acostumbrados a los arabescos preferían el brillo de lo barroco y rehusaron su opinión, entre risas socarronas y enfados de proscenio, alegando que el movimiento no es espíritu. Luego Luis les decía que confundían acción, lo que ve el turista digamos, y movimiento. Así seguían hasta entrada la noche. Y, sin embargo, Luis tenía razón. No sé si en materia de toreo y en este caso me importa poco el idioma, pero sí en lo tocante a la evocación de innumerables momentos: es nuestra la palabra y solamente nuestra, despojada de préstamos y artificios, cuando confluyen el pensar y el sentir y entonces somos capaces de decir, y no necesariamente de la manera sintética que a Luis le gustaba, lo que nos dicta una voz desconocida, sin saber aún que el tiempo se imprime en ella.

UN PASO EN FALSO

Era una de esas fiestas tristes donde quienes bailan y beben son condenados a fingir placer. Sólo los disfraces parecían reales en aquella fiesta de Nochevieja. Gracias a las amplias mangas del traje de Pierrot, ocultaba en el *holster* los 1.077 gramos de mi Colt Combat Elite en acero pavonado. Mientras esperaba la hora miraba el desfile de títeres desde la barra de la discoteca. Moscas, patillas, aretes en cascada, narices, labios y ombligos horadados, mechones teñidos, joyas de bisutería, voces impostadas, risas de estudio, alegrías de adolescentes púberos en hombres y mujeres que rondaban los cuarenta años.

Ella llevaba una túnica romana algo escotada, ceñida a la altura de la cintura. Y flores en el moño y los tirabuzones. Cuanto más trataba un hombre de acercarse a ella, más se deslizaba entre sus demás cortesanos. No por timidez, sino por coquetería. A lo largo de media hora no había observado en ella rastro de vulgaridad, aunque sabía que muchos habían sido sus amantes. Cruzamos una mirada y ella debió de creer que me intimidaba porque agaché la cabeza. Pero antes pude ver su piel frágil. Y también vi sus ojos, de color verde botella. Debajo de la crema blanca, que ya quemaba, mi rostro se sonrojó. Existe una expresión según la cual hay mujeres «guapas de escándalo». Expresión trivial sí pero su belleza era escandalosa entre tanto pauperismo de diseño. Tal creación nos devolvía a todos a nuestra humana manquedad. Pero ella merecía más, mucho más. Aunque merecía es una palabra impropia. No merecía más que esa jauría de depredadores pero incitaba a todo tipo de desvaríos. Allí mismo le hubiera prometido matar o morir por ella. Y me habría creído semejante desatino. Volvió a mirarme y me sonrió. Y creo que yo también esboqué una sonrisa. Entonces comprendí que había cometido un paso en falso.

No se debe juzgar a su víctima. Y todavía menos se puede sentir compasión o simpatía, son sentimientos que alteran la puntería. No me basta saber quién soy. Siempre necesito reafirmarme. Mi vindicación se nutre de un complejo de inferioridad sin el cual no sería sincera. Temo fracasar aunque suelo cumplir con creces mi misión. En el fondo soy un asesino blando.

Cuando salí a la azotea apenas pude colocar el silenciador. Me había sonreído. Me había elegido. Allí estaba, paseando, a pesar del frío. Caminaba hacia mí, me abría sus brazos, su sonrisa despojada de los afeites de la seducción me hizo perder el control. No debí haberme acercado. Si falla la estimación de la distancia el asesino se halla

dentro del círculo. Estaba a tan sólo dos pasos de mí, ya podía oler su perfume. A duras penas apreté el gatillo. Aunque el impacto del modelo Combat suele provocar un derrumbe fulminante de modo extraño la bala del calibre 45 ACP perforó el plexo solar sin encontrar resistencia y la bella romana se desplomó como un odre vacío.

Su última mirada fue una imploración, también creo que comprendió quién era el comanditario, le dije a mi cliente. Después de entregarme el dinero su marido me despidió sin demora. Estaba ya a punto de salir de su despacho cuando oí sus sollozos. No me di la vuelta pero recordé sus palabras de la víspera: Tiene que ser a las tres de la mañana, es cuando sale en busca de un amante. Escoge un lugar aislado al que siempre acaba llegando su presa.

Sonia también se acuesta con muchos hombres, es su oficio, aunque, según dice, es estudiante en historia del arte. Suelo visitarla una vez a la semana y después de un encargo me quedo el día completo o la noche para relajarme, depende de la hora de la ejecución. Uno no imagina el dominio de sí mismo que requiere cumplir un contrato. Quizá sea debido a mi escasa experiencia. La bella romana era la quinta y todavía no me he acostumbrado. Sonia dijo que estaba muy tenso. De no ser por sus masajes no habría llegado a conciliar el sueño. Fue difícil convencerla de que se quedara conmigo una noche de Nochevieja. Noche es mucho decir, llegué a las cinco de la mañana. Aun así me cobró dos noches por ser festivo.

Me contó que la fiesta de sus amigos había sido aburrida y su novio, pesado. No entendía que quisiera volver sola a su piso. Le lleva varios años y le gustaría tener bien atada a su gatita. Un día lo crucé en la calle; al cabo de cinco minutos durante los cuales habló sin respiro, lo había calado. El machote provinciano orgulloso de su tosquedad. Tan imbécil que cree ser feliz con veintitantos años. Tan ingenuo que creyó que yo era el dueño del piso que alquila Sonia. Mucho whisky añejo y poca capacidad para tender la mano a los demás. Dice tenerlo todo muy claro. Ya se le bajarían los humos con un Browning, modelo BDA, delante de la cara. ¿Qué hará Sonia con un tipo así? Dinero tiene, desde luego, aunque ella también. Y amigos, muchos amigos. Y perspectivas de futuro. Quizá acaben casándose en una iglesia cotizada. Me pregunto cómo reaccionará el día en que descubra que Sonia se prostituye. También es posible que nunca lo sepa.

QUERIDO VÍCTOR

Querido Víctor:

No pude contestar antes a sus dos últimas cartas pero me dio tiempo para encontrar los libros y las pinturas acrílicas que me pidió. El director de la cárcel empieza a quejarse de mis envíos. Según parece, exceden el peso autorizado. De hecho, me lo confirmó su representante cuando llamó a mi casa. Quizá no lo sepa pero tenía curiosidad por conocerme y buscó mi número de teléfono en la guía después de que usted le hablara de mí. Es, por cierto, un hombre cortés y sensible.

Volvamos a usted. Que ayude a algunos de sus compañeros a redactar sus cartas me llena de alegría – ¿estas cosas todavía existen? ¿no todos saben escribir? –. Incluso a ese hombre celoso que lo amenazó por haber recibido de su mujer una inesperada y apasionada carta de amor.

Me cuesta cada vez más formar las letras, así que me tomaré un momento de descanso.

Lunes, 12 de la mañana.

Vino la señora de la limpieza y siguió contándome un nuevo capítulo de su vida. Cuántas ganas tiene de describir sus amoríos fantasiosos, que si éste daría su vida por una cita con ella, que si el otro no se atreve a decirle lo guapa que es. No es fea, lo reconozco. Siempre sucede lo mismo. Llega, recoge su pelo en un moño – mal hecho –, pone su bata y sus zapatillas y no para de hablar durante dos horas. No hay manera. Si me voy a mi habitación alza la voz para que la oiga. Y si le pido silencio no lo puede remediar, de modo que al cabo de unos minutos enciende la radio. Ya se puede usted imaginar las canciones que le gustan: pasa de la copla más rancia a esa música pop tan chillona. Digo yo que si escuchara unos boleros bonitos, pero no. Y eso, dos veces a la semana. Pero no me puedo quejar, es puntual, trabajadora y limpia.

Luego, por fin, me quedé sola.

Lunes, 4 de la tarde.

Me acosté un rato después del almuerzo. Suele ser un buen momento para pensar. Pienso dormida digamos y cuando despierto las ideas se han decantado. Se imponen ante mí con toda su nitidez. Y hoy necesito tener las ideas claras para transmitirle lo que ocupa mi mente desde hace tres meses.

No es fácil, le he dado muchas vueltas antes de escribirle. Trataré de ser honesta conmigo misma y con usted.

El tono resentido de su segunda carta – un poco exagerado, conminatorio casi – me ha halagado. Sí. No sabía que mis cartas fueran tan importantes para usted pero no entiendo ¿acaso algún día le he mostrado menosprecio? Nada más falso. Usted mismo me señaló un día que sus amigos vacilan en escribirle y que ni siquiera con su familia mantiene una relación epistolar. En esta segunda carta una expresión me dolió. Dice rechazar mi “compasión condescendiente”, muy bien, entonces no se compadezca a sí mismo. Está confundiendo me parece compasión y comprensión. Y no crea que si nos encontráramos – ya que insiste en ello – cambiara la situación. Es innecesario, ya se lo dejé muy claro. No sabríamos qué decir. Poco a poco ambos hemos ido dibujando entre palabras el semblante del otro. Ya imagino lo que estará pensando: que yo conozco su rostro gracias a las fotografías y los vídeos. Además, ¿qué interés tendrían para usted mi rostro ajado y mi voz temblorosa?

Cuando pienso en mi primera carta y en su primera respuesta – y lo hago casi a diario – me asaltan dudas o quizá temores que le quiero plantear. Ayer traté de escuchar, una vez más, *Limón amargo* y le diré sin tapujos que sus letras, además de ser hirientes y provocantes, me resultan falsas. Maldecir es fácil, escupir hiel alivia pero no sana; a fin de cuentas todo esto es indigno de su talento. Cuán distintas son sus cartas, escritas desde un “cenotafio” (sic), agresivas desde luego pero sinceras. Puedo entender que su mente no esté allí, que se halle entre los recuerdos o entre la letra de sus canciones o en algún sueño lejano pero, por favor, no se compare con un muerto ausente, no siga dañándose de un modo tan cruel. Sigue entre los vivos y así ha de ser. Deje ese cinismo de pose para personas de otra calaña. No sea apocado, para quien sigue luchando no hay cenotafio sino una celda blanca.

Lo mismo me sucede con *Algarabía*, aunque en menor medida. En ese segundo disco su voz es en algún momento conmovedora, especialmente su forma de pasar de los graves a los agudos sin transición, y su forma de tocar el bajo – antes nunca había prestado atención a semejante instrumento, si no fuera por usted...– es menos opresiva y repetitiva.

AGUA QUEMADA

De ese poste llevo días colgando y la sed me abrasa y el sol me ciega y la piel se me va cayendo como la muda de las serpientes, pues aquí, en estas tierras, ya se sabe, el cristiano, azotado por este clima digno del desierto de Juda cambia de piel dos veces al año. Los gentiles nacen ellos con piel más áspera que el cáñamo. Ni la lluvia, ni el viento, ni el sol, ni el frío, ni la piedra alteran el cobre de su piel, mas nosotros españoles somos como jardín que pide agua para ser hermoso. Ellos crecen entre zarzas y si les damos jardín que regar se marchitan.

Zanjada fue la cuestión hace más de un siglo por las más altas autoridades: los indios son criaturas de Dios. Quién lo diría al ver a estos hombres que comen a sus víctimas apenas exhalado su postrer aliento, con más saña que hambre, con regocijo de bárbaro enardecido por sus propios gritos cuando el metal se hunde en la carne. No pude dar a mis compañeros de viaje la extremaunción, jóvenes exploradores ellos, en pos de la gloria terrenal.

Conjeturas no habría si estos indios fueran demonios; lucharíamos contra ellos armados de nuestra fe, tan dura como la espada y reluciente como la coraza. El diablo se les mete en el cuerpo en cuanto brota la guerra, mas son de trato amable si se brinda la paz. No he visto yo hombres más tiernos con sus hijos que estos salvajes de linaje tan remoto como las tribus perdidas de Israel. Lo sé, años son ya de comercio con ellos. Extraña suerte la suya, Dios los hizo hijos de su reino y no lo saben, y yo he de buscar el alma que anida en su seno. Dios, haz que la fuente suya no se haya agotado. Si el mundo fuera joven y pudiéramos nacer de nuevo, seríamos hermanos, bañados en las mismas aguas.

Vienen unos y otros para ver mi piel lisa y blanca, que dentro de unos días tendrá escamas de pez o será puro pergamino o quizá será tan dulce como la piel del recién nacido. Uno sube a una roca y ante mí presenta un trozo de espejo roto: mi rostro en él reflejado me da pavor. Ahora entiendo por qué a mí no me han matado, por qué han expuesto mi torso desnudo al sol. Esa piel, limpiada de arrugas, pulida por una lija suave, no es mía o lo es, si se quiere, pero por obra de un milagro que yo mismo condeno.

Pero mi fe sigue entera y me encomiendo a Dios y a la ventura, no con voz plañidera, sino con voz fuerte de quien predica la palabra de nuestro señor Jesucristo. Los indios Pueblos arracimados en chozas de adobe pertenecen al género humano, no hay quien lo

pueda dudar. Labran la tierra con tanto primor como la paz, y su paciencia se ve recompensada por hermosas cosechas de maíz, además del respeto de las demás tribus. Oran también, con fe genuina, y si confían en sus oráculos, en ídolos de madera, es por ignorancia de los santos preceptos que pronto les vamos enseñando. Sí, se me objetará que años ha nos echaron de Taos y Santa Fe, pero Diego de Vargas* reconquistó estas tierras en nombre de Cristo y del rey de España, y la revuelta de los indios no fue más que el último intento de rebelión de unos niños paganos hambrientos de fe verdadera y necesitados de la autoridad de la madre Iglesia.

* Diego de Vargas conquistó Nuevo México en 1692, después de que en 1680 la rebelión de los indios Pueblo, conducida por Pope, echara a los españoles.

YO NO SOY UN ASESINO

Yo no soy un asesino.

Mi papá dice que sí porque me odia, pero es mentira.

No soy un asesino.

He matado a gente, no lo niego, y he querido matar a más, mucha más.

Y uno tiene sus motivos, no se mata porque sí.

Ya sé que matar es pecado, pero ser pobre es una maldición y yo no tengo la culpa de haber nacido aquí. Éste es mi país.

Yo no tengo la culpa, aunque bueno... Lo voy pensando más y más y veo que la rabia me lo ha quitado todo, poco a poco. Me he quedado sin pueblo, sin amigos, no recuerdo canciones que cantar a mi hijito ni habrá bonito cementerio para mis huesos.

Cuando era niño no sabía que ser pobre es una maldición. Nuestra gente trabajaba los campos y los amos mandaban. Y yo creía que viviría en mi aldea toda la vida, como mis padres y mis abuelos, que fueron felices a su manera porque no tenían esperanzas.

El que no espera, nada teme, no lo matan los disgustos, porque se sabe condenado a vivir feliz, a pesar de los pesares. Aquel que espera, sueña y, si sueña, sufre.

El día en que llegaron al pueblo yo tenía quince años.

Habían venido antes en son de paz, pero los campesinos desconfían de los forasteros, ya se sabe, sobre todo si hablan bien y dicen conocer el futuro.

Es que además parecían fugitivos o delincuentes o, peor, extranjeros, y no lo eran.

Así que la gente no quiso asistir a las reuniones, escuchaban al cura: seamos humildes, pues somos culpables a los ojos de Dios, decía, y seguía: si Dios quiso darnos esta vida, no nos rebelamos contra el Creador, y seguía... Y ellos amenazaron con volver para castigar a los cobardes.

Y ese día volvieron los guerrilleros.

Yo primero me escondí en la granja con los animales, lo reconozco, me dieron miedo esos hombres que eran campesinos y miraban como soldados.

Luego salí de la granja, sin que nadie me viera, y fui a la iglesia, donde los habían reunido. Subí al campanario y desde allí lo vi todo.

Allí abajo estaba mi gente y, después de hablar largo rato, mataron al cura de un tiro. Justo antes de morir, el cura habló de paz cristiana y de resignación.

Así nomás, un tiro en la nuca. A bocajarro, como dicen en la ciudad, a quemarropa, como dicen también, a mí esa palabra me gusta más porque la pólvora quema.

Cuando cayó el cura la gente ni gritó ni lloró. Digo yo que rezaron por su alma.

Resignación: no me gustó. No me gustó tanto silencio, tanta sumisión, y quise gritar y quise... Pero no, uno nace héroe o nace soldado raso. Pasé tanto miedo como los demás y no pude mear durante dos días.

Ese día me entró una rabia tremenda que no me ha dejado, porque supe que nunca sería un héroe, porque los héroes mean y gritan cuando quieren.

EL MENSAJERO

Anoche soñé de nuevo con el sueño de Perceval Scaife: mientras conduzco sin rumbo por la autopista, a mi lado mi mujer y mi hija duermen; un hombre de rostro y esmoquin ensangrentados surge de la nada y cojea hacia el coche. A pesar de sus esfuerzos por inmovilizar el vehículo, logro acelerar y huyo sin comprender la razón de mi recelo. Luego, despunta el día, mi mujer y mi hija abren los ojos, y sus risas y abrazos me arrancan al recuerdo del hombre sin edad que una y otra vez me pedía auxilio. En el sueño todo sucede en silencio y, no obstante, juraría haber oído sus gritos.

Ese fue el legado de Perceval Scaife, hombre de patronímico procedente de las landas de brezo de Jutlandia, Scalfersen, derivado tras muchos vericuetos del vocablo latín *scaldis* **, y cuya familia habría emigrado a Gales en el siglo XII después de que una inicua ley sálica condujera al exilio al hermano menor despojado de bienes, así como a toda su parentela, expulsada por el cruel primogénito. Según añadía Perceval Scaife, su bisabuelo había sido uno de los artífices de la escuela pictórica de Skågen, por lo que sentía una devota admiración por sus iridiscencias, para mi gusto melifluas y melindrosas, para él, equiparables a los juegos de luz difractada del Impresionismo nacido bajo cielos más clementes que la lengua de arena septentrional.

De manera general, Escandinavia y sus sagas lo llevaban a digresiones etimológicas e históricas sorprendentes en un funcionario encargado de asuntos jurídicos. Hablaba el sueco y el danés con fluidez y leía el hebreo y el árabe literario. Nadie entre nosotros puso a prueba sus conocimientos lingüísticos, exceptuando a Janice, mi mujer, versada en historia y religión judaica, por ser hija de un talmudista reconocido. Para su sorpresa, Perceval Scaife no sólo dominaba el idioma sino que además había estudiado las fuentes más serias, y, aunque ignoraba alguna que otra sutileza siempre contestó a las preguntas inquisitivas de Janice con humor y cortesía. Y, sin embargo, Janice no podía reprimir un movimiento de repulsa, tal vez no sea ésta la palabra, digamos de contención, ante la sombra de una amenaza, agudizada creo por su silueta alta, soportada por unos anchos hombros huesudos y coronada por una cabeza rapada donde unos ojos de un azul cristalino jamás parpadeaban. Hablara o se callara, estuviera sentado o de pie, desprendía cierto aire marcial que su donaire no lograba suavizar.

** *Scaldis*: Escalda, río de Flandes.

Lo cierto es que nada más llegar a la embajada, cada uno se convenció de que era mejor tenerlo por amigo que por enemigo. No entendamos que Perceval Scaife levantaba la voz, vituperaba ante terceros, conspiraba o dejaba en ridículo a sus contertulios. De ninguna manera. Si la secretaria del departamento demostraba interés por un libro, al día siguiente encontraba el obsequio sobre su mesa de despacho. Si alguien proyectaba viajar a un país que él conocía –y, de hecho, sus destinos anteriores habían sido Estocolmo, Alejandría, Estambul, Nueva York, Buenos Aires, Dakar –, se brindaba a planear la estancia junto al interesado. Incluso se habló de un compañero apurado al que adelantó una suma de dinero nada desdeñable. Todos advertimos en seguida detrás de su verbo cortante algo más afilado aún, la estela de un exilio, y quizá también advertimos una mano tendida hacia el abismo. Muchos resistimos tan fuerte tentación por temor a volver lastimados, pero él parecía zarpar con frecuencia y regresar siempre ileso, o eso creíamos.

De su muy lejana, por no decir improbable, ascendencia flamenca había heredado o se había forjado el gusto por los vinos espirituosos y las cervezas espesas, las disputas y las lides carnales. Como se puede entender, era delicado acudir a la comisaría donde nos esperaba un hombre de cincuenta años implicado en una riña callejera. Y no ocurrió una vez solamente. Algunos lunes, una herida leve acababa coagulando sobre la piel de su rostro escarificada desde un accidente de tráfico. Por mi parte, imagino al destino armado de una lanceta que, a cada prueba que le infligió, sajó su piel. No dudo de que Perceval Scaife haya comido, fumado, inhalado o se haya inyectado droga, bien en busca de paraísos artificiales, bien para aliviar un dolor que nunca manifestó. Casi siempre bromeaba y era todo un caballero.

TODAS LAS VOCES

Apenas ha salido el sol cuando, detrás del tabique de la habitación, un coro de mujeres canta loas, amonesta e implora en un idioma desconocido a otra mujer cuya voz se funde en el conjunto. Iván, hasta entonces dócilmente entregado al sueño, te abres paso hacia la vigilia; te preguntas si la música es fruto de tu imaginación o si en el piso vecino alguien se deleita, a tan temprana hora, con una obra en nada parecida a las canciones favoritas de tu madre.

Al rato, te sientas en la cama, pegas el oído contra la pared y compruebas que alguien escucha música grabada – el volumen moderado refuerza la sensación de susurro musical –, también descubres que otra voz femenina en el piso de al lado, viva ésta y cercana, retoma las melodías; no se atreve a cubrir la voz de la cantante más destacada, la cual, piensas tú, debe de cantar con una boca pequeña o abriéndola exageradamente, sin temor al ridículo, deformando las palabras, alargando las notas.

El agua de la ducha pone fin a tu trance musical. Tu madre ha de madrugar si quiere llegar a tiempo al supermercado y procura desayunar y prepararse sin despertarte. Asun cierra la puerta de la entrada sin ruido. Cuando vuelva a casa tú estarás cenando delante del televisor, aunque se ha cansado ya de repetirte que te daña los ojos. Habrás hecho tus deberes y antes habrás jugado al fútbol con tus compañeros de barrio, hasta que el sudor te pique los ojos y los labios. Allí, a la luz de las farolas encendidas antes del anochecer, tu padre te ha enseñó a moverte por la cancha, a resistir el cansancio y a encajar las críticas del equipo. Algunas veces subes corriendo hasta la quinta planta, en lugar de coger el ascensor, para superar la rabia generada por un partido perdido.

Por ahora aguzas el oído pero el silencio llena el piso de al lado. Quien escuchaba aquella música se ha vuelto a dormir o da pasos tan leves que no puedes determinar hacia dónde la conducen. No la has visto nunca. No sabes si es joven – pero su voz tenue así lo hace suponer –, si estudia o trabaja, si solamente escucha esas canciones tan largas sin estribillo.

Desde hace un mes, en torno a las seis de la mañana, unas voces casi siempre femeninas, sin edad, llaman a tus oídos. Las modulaciones amortiguadas por la pared, rara vez encrespadas, te sumen en un estado de escucha fervorosa cuando el coro femenino que escolta la voz joven del primer día vuelve a su encuentro.

Hoy la música suena desde las seis hasta las siete de la mañana. Las voces del coro femenino aparecen brevemente, con nitidez y pulcritud, reposadas y seguras de sí mismas; cuando vuelven al silencio, unas voces de hombres, sostenidas por un coro

masculino, cantan en tono de desafío frente a la voz femenina protagonista, nunca trémula, pese a la angustia que la estremece. Poco a poco las voces te cuentan una historia. Si todavía no comprendes su significado, ese murmullo te otorga el placer de lo clandestino. Tu atención se fija, gracias a una suerte de abandono de la voluntad, en el diálogo entre el coro y la voz femenina. Eres ajeno a las nociones de armonía y de construcción dramática pero captas en el entramado de las voces una melodía que afina tu sensibilidad incipiente.

Ya es hora de levantarse. Dispones de veinte minutos para ducharte y desayunar. Te desperezas sin prisa. Detrás de la pared, ella musita un aire cantado por el personaje femenino protagonista; lo estira, lo condensa, lo silabea, lo proyecta. Tú traes de la cocina una bandeja donde has colocado el tazón de café con leche y las tostadas para disfrutar de su voz. Ella le quita a la melodía su tempo marcial, debajo del cual hallas un tono de recogimiento que invita a mirar al cielo más que a bajar los ojos. Esa melodía propicia en ti un estado de sosiego que agudiza tu capacidad de concentración y potencia tu entusiasmo.

Al percartarte del tiempo transcurrido sólo te queda la posibilidad de correr hasta la parada del autobús. Tus más largas zancadas son insuficientes a lo largo del kilómetro que te separa de tus compañeros, lejanos ya. Debes esperar al siguiente autobús. Entretanto, la frescura de esa mañana de verano fortalece tu cuerpo sin aliento. Viben tus pies; el aire inspirado por la nariz se vuelve fuego en los pulmones y aviva el riego sanguíneo. Nadar y tomar el sol son tus mayores deseos. Durante el trayecto en autobús persigues la caricia del sol manteniendo la cara pegada al cristal, mientras que tu respiración, por fin pausada, te recuerda el compás musical. Allí, en el cielo, la estela de un avión mudo te recuerda a su padre.

Llegas al instituto con media hora de retraso. Te reprenden, no te afecta. Tu profesor critica tu soberbia silenciosa al entrar en el aula. Lo ignoras. Tu fingida lectura de los libros de texto, interrumpida por miradas vagas y cuchicheos con tus compañeros, pone de manifiesto tu falta de interés por las clases, también tu intento por recomponer las sensaciones matutinas. Dentro de quince días estarás recorriendo la sierra con algunos compañeros.

